

## Ligeras consideraciones sobre nuestra literatura

---

...ese don de animación que hace de la crítica, no una política literaria, sino una viva y ardiente interpretación.

RUYTERS.

Leyendo en más de una ocasión estudios críticos de José Enrique Rodó, del malogrado Jesús Castellanos ó de Rubén Darío, me he dado á pensar sobre cuál debe ser la actitud de la crítica ante la literatura hispano-americana. Nuestra cultura es ya lo suficientemente respetable para que prosigamos perdiéndonos en inútiles tanteos de *snobs* ni menos en olímpicos arrestos de pontífices didactizantes. El abuso perjudicial del preciosismo nos ha traído daños más considerables que toda la corriente cosmopolita de la emigración; un afán tan hueco como ridículo que se priva por hacernos aparentar más de lo que somos, ha sido el peor enemigo de nuestras energías naturales. Tal vez el frac y la levita, en sentido figurado sea dicho, bastaron para hacernos olvidar la pasta del indio por ciertos pujos aristocráticos de exótico civismo. Culpa propia ha sido el olvido en que nos mantiene cierto régimen de aislamiento europeo que evita nuestros rastacuerismos aun cuando toma el café, la carne, el azúcar y el trigo que en buena canti-

dad y año á año le envía el mercado americano envuelto en cheques de Banco y adornado con plumas de garzas y pieles de chinchillas.

Si España sabe algo de América ello se debe á que escritores como Rubén Darío, Rufino Blanco Fombona, Amado Nervo ó Francisco García Calderón hayan ido hacia ella en busca de horizontes y, triste es confesarlo, de editores. Así el tan decantado modernismo llegó á la Península á través de los versos y las divinas prosas del poeta de *Azul*, regocijando al propio don Juan Valera. Noble fué esta reconquista de España; sin embargo, fuerza es confesarlo, la obra iniciada se quedó en pañales, ya que lo verdaderamente nuestro, el salvajismo de la vida rural y campesina, la obra del trabajo en nuestros bosques y en nuestros ríos, la tarea del colonizador moderno que ha sustituido el sable por el hacha y el arcabuz por la dinamita, la poesía de un clima suntuoso, el secreto de los mares, la voz de los desiertos y la soberbia de las cordilleras pobladas de nieves eternas y de bestias salvajes, eso ni las sospechan los españoles, acaso porque los propios hispanoamericanos han comenzado por ignorarlo creyendo que no existe. El ímpetu de tenacidad, fuerte y arisco, que nos caracteriza, acabará por fundirse con los retoños paralíticos de una cultura europea de señoritos, y entonces acaso nazcan los verdaderos hijos de América, el hombre del porvenir que nada sabe de la neurastenia, del simbolismo, ni de las cocotas de Willete; el hombre-músculo y apóstol de Walt Whitman y el hombre-cerebro de Emerson, con mucho de indio chorotega y no poco del Nietzsche de *Zaratustra*.

La mayoría de las obras de la literatura americana del último decenio responden á una honda preocupa-

ción territorial, como es el estudio de nuestro medio y de nuestra evolución orgánica. Las excelencias originadas por la misma complejidad de varias tendencias que actualmente se disputan un sitio principal en el reparto de nuestra acción, han sido llevadas á la novela con feliz éxito artístico: así las obras de Luis Orrego Luco, Manuel Díaz Rodríguez, Rufino Blanco Fombona, Roberto Payró, Emilio Rodríguez Mendoza y Lorenzo Marroquín, entre otras, vienen á afirmar en definitiva el culto por las cosas de casa, que al fin de cuentas tienen el interés de lo nuevo y son parte de nosotros mismos. Siempre he creído que es preferible que vivamos en cierto aislamiento antes que ir á ser el hazmerreír de politicoídes y periodistas más ó menos franceses. No hace mucho que el malogrado Eduardo Rod, al hablar de *Más allá de los horizontes*, libro de Blanco Fombona, estampaba esta franca declaración: «*Beaucoup d'entre nous possèdent certains lieux de l'Amérique du Nord, soit qu'ils y aient voyagé ou qu'ils aient lu quelques uns des nombreux ouvrages qu'en on rapportés des voyageurs français parfois illustrés. Mais l'Amérique du Sud nous est inconnue: nous n'en savons à peu près rien, sinon qu'elle est divisée en Républiques d'importance inégale, souvent en guerres ou en révolutions, où cependant l'équilibre s'établit peu à peu.*» Esta sincera confesión de un hombre de estudio podría hacerse extensiva al 98 por 100 de los habitantes de Europa, sin establecer siquiera sean las salvedades de los profesores universitarios. ¿No se refería á Chile Pablo Bourget, en 1909, al mencionar á cierta colonia portuguesa floreciente de la costa del Pacífico?

Hay esfuerzos aislados que son una lección, y para nosotros, americanos, la sola actitud del pueblo yanqui

afirma un ejemplo de energía vigorosa. Y tal vez, sin ir tan lejos, la demostración la podríamos encontrar más cerca, en el desenvolvimiento cultural y económico del Brasil ó de la República Argentina. ¿Acaso esos saltos prodigiosos hacia arriba en el orden material no han de ser precursores de un estado de intelecto también superior? Escritores tienen ya el Brasil y la Argentina como Graça Aranha, Machado de Assis, Rodríguez Larreta ó Lugones que son los heraldos de algo nuevo y fuerte, flor primorosa de una levadura aun ruda.

Hasta hace poco, nosotros, latinos, mirábamos con cierto desdén Yankilandia, tierra de Calibán y de mister Homais, árida y adversa para toda fructificación artística. «Sensibilidad, inteligencia, costumbres—escribía Rodó en 1900 en su *Ariel*—todo está caracterizado, en el enorme pueblo, por una radical ineptitud de selección, que mantiene, junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política, un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales.» Sin embargo, después de haber nacido en medio de esa ubre gigantesca un William James, padre del máximo ideal práctico, un Émerson, un Sargent ó un Walt Whitman, ¿quién sería el ósado que se atreviera á negar las facultades ideales superiores del gran pueblo? Calibán ha perdido el imperio de su tiranía ante la visión de Thogorma y de Ariel, que llena ya sus aulas universitarias, sus bibliotecas y sus jardines, despertando los cerebros dormidos en la preocupación dantesca del trabajo. El milagro de la divina anunciación artística comienza á nacer de entre el agrío ruido de los martillos y del seno de la velocidad misma.

El esfuerzo continuado de la acción colosal en esa nación debe ser un ejemplo para nosotros los latinos.

Nuestros países hispanos del Sur, libres de toda influencia (pésele á don Miguel de Unamuno, que nos tiene por alemanizados, con lo cual viene á negar el altivo espíritu vasco que había creído encontrar por estos andurriales), pueden seguir sus huellas,

Y la América debe, ya que aspira á ser libre,  
imitarles primero é igualarles después...

como en versos rotundos pedía Chocano, sin que esto signifique esclavitud de ninguna especie, ya que no cabe mal posible en imitar desde lejos lo que conviene al sentido práctico de un pueblo.

Nuestra literatura debe forzosamente desenvolverse dentro del horizonte del terruño, si aspira á cierta grandeza original, ya que, como muy acertadamente ha dicho Manuel Ugarte, «todo lo que existe dentro de nosotros, toda la acción directa é indirecta de que somos nervio ha de desarrollarse en la región en que nacimos al servicio de las fuerzas que fatalmente debemos representar.» De este modo nuestro espíritu viene á ser á manera de una prolongación del espíritu colectivo, y como tal ha de sintetizar ó reproducir sus grandes cualidades y sus variados defectos. Y no es que con esto pretendamos condenar de hecho el individualismo, puesto que la acción intelectual sometida á una casi razón social ha de tener el mismo fin del rayo que contribuye á componer el espectro solar: en él caben todos los matices y todas las fuerzas de calor y de energía y su potencia se traduce en la unión del conjunto.

La razón de nuestro arte social es una razón de independencia y de vigor de raza. Mientras á diario asistimos al desarrollo de la energía en la lucha cotidiana del trabajo, somos testigos mudos de un cambio que se

opera silenciosamente, transformando hasta nuestra manera de pensar y de sentir. Tenemos un modo propio de cultura con características de raza únicas, dependientes de millares de circunstancias físicas y morales dignas de estudio. Durante el transcurso de tres siglos se han constituido pueblos en la América latina que llevan en sus espíritus gérmenes de disolución, enemigos de toda continuidad tradicional. Así, día á día, en la pesada labor para abroquelarnos contra la audacia de ciertos bárbaros, no nos hemos ido alejando insensiblemente de nuestros abuelos peninsulares, ya que ellos si no contribuyeron á nuestro bienestar fué más por falta de tino en el gobierno que no por egoísmo ó avaricia. España, pobre y desangrada después de la guerra contra los moros, y exhausta, gracias al régimen absolutista de tres ó cuatro monarcas degenerados, quiso reintegrar con el oro extraído de América el vacío de sus arcas, sin cuidarse poco ni mucho del bien de sus siervos. De aquí provino un régimen de odio que fué cundiendo poco á poco hasta estallar en un movimiento revolucionario continuado é implacable. Y de esta manera, mientras en la Península se mantenía latente cierta flojería intelectual y la ley del menor esfuerzo amenazaba prolongarse siglo tras siglo, nosotros, americanos, jóvenes, con levaduras de hombres nuevos, fuimos renovando el retoño español y la sangre ancestral por cierta corteza moderna, hija del siglo XVIII y directa heredera de la *Enciclopedia*.

Tarde comprendió la Península la obra de este alejamiento paulatino, y tan sólo ahora, ante la profundidad del abismo que la separa de la América latina, mientras los rubios teutones y los fuertes tudescos resuelven en nuestras tierras grandes esperanzas económicas y so-

ciales, se ha despertado con gesto fiero para emprender la reconquista de la hija perdida en noche de desvelo. Si España ha puesto los ojos en estas tierras, antaño suyas, ha sido más que todo impulsada por la competencia que le significa la acción laboriosa de otras naciones, ya advertidas por el rumor espiritual de futura grandeza que presagia una nueva era de la cultura latina, florecida al calor de estas hospitalarias tierras solares, herederas de su sangre, ya que no de su espíritu. En nuestro crecimiento le debemos la vida á España y el alimento del cerebro á esa maestra imponderable de la energía latina que revolucionó al mundo con el pensamiento de Rousseau y el sable de Bonaparte. Desgraciadamente, desde dos lustros á esta parte ya no podemos decir otro tanto, puesto que á Francia la bella, como cantaba un excelente poeta, ha venido á arrebatarle el cetro la Walkyria de los ojos azules, la fuerte Alemania, que ha realizado sobre todo en nuestro país todo un programa de *Kultur Kampf*, fecundo en ópimos frutos de selección espiritual.

El instante actual por que atravesamos no es, pues, un momento evolutivo de aprendizaje, sino un período de cristalización social é ideológica. Si anduvimos durante más de diez lustros desacertados primeramente buscando originalidades en el romanticismo europeo y luego en el culto de todo lo bizarro que ideaba una sociedad en decadencia, ahora comenzamos á caminar sobre una senda que si no es la propia está en vías de serlo muy luego. Mas para contribuir á esta obra es preciso que «recordemos también—como advertía uno de nuestros novelistas—que las necesidades de nuestro desarrollo imponen á cada cual en su esfera, una tarea eminentemente nacional». Lo cual no estará en contra-

posición con la mayor ó menor pureza del arte. Un sentido de orientación autóctono se impone en nuestra literatura; mas ha de ser ajeno á todo patriotismo declamatorio, exaltado é infructuoso. Nuestra vida cívica está aún virgen: pocos son los que han intentado novelarla; quien la estudie y la observe encontrará en ella el más rico de los veneros artísticos. Cada problema nuestro aguarda al mago futuro que lo analice y lo plantee: sea el del inquilinaje, el de nuestra lucha de clases, el del feudalismo político ó el de la extirpación de las postre- ras energías de la raza araucana.

Un tal programa de trabajo para la literatura chilena no entraña el culto de una pretensión arribista, sino que viene á ser como una gimnasia de concentración intelectual, ó más bien dicho, una labor para destilar todo lo que hemos absorbido durante medio siglo de la cultura europea sin digerirlo hasta el momento. Ciertas obras nacionales como *Raza chilena*, *Idilio nuevo*, *Durante la reconquisia*, *Sub-terra*, *Páginas chilenas*, *Palpitaciones de vida*, *Escenas de la vida campesina*, *Cuesta arriba* y los cuentos de Federico Gana, son representativas ya en la formación de la literatura chilena actual; acusan la iniciación—aunque entre aquéllas las obras de Blest Gana datan de treinta años—de un período que se irá encauzando á medida que el arte llegue á tener entre nosotros un valor propio y no dependiente de ciertas circunstancias harto mezquinas.

Para nadie es un secreto en la actualidad que entre una obra verdaderamente nacional y un libro europeo, la mayoría se queda, de mil amores, con el último; en cambio, cuando esta obra chilena endereza su acción hacia el escándalo, entonces las ediciones se suceden tras las ediciones, consagrando el nombre de un escritor

en el mercado de los chismes de corrillo y entre los grupos de los *aplanacalles* cotidianos. Sé que más de alguien argüirá que no es privativo del público chileno el preferir el escándalo en la novela, ya que en Europa estuvo muy de moda cierta casta de literatos como León Daudet, el Padre Coloma ó Mauricio Barrés, cuyas obras tuvieron gran resonancia debido á cierta clave social escandalosa, lo cual, al fin de cuentas, nada nos abona, puesto que mientras aquellos libros fueron escritos con propósitos ajenos á toda identificación, éstas en cambio se gozaron en hurgar sobre ciertas existencias y sobre ciertos momentos sociales, rastreando anécdotas y ápices de pésimo gusto. Un tal género no es por cierto un derrotero acertado para un novelista que se estime; como recurso folletinesco bien está para quienes la literatura se reduce á una farsa de pasatiempo destinada á la vida efímera de un entusiasmo pasajero. Nuestra vida americana impone, en el momento por que atravesamos, ideales más altos y orientaciones más seguras. Al desborde de energía que caracteriza este esfuerzo inicial de nuestra segunda centuria debe corresponder una exaltación espiritual no menos intensa, que sea como la portavoz de las excelencias de la raza y de las labores del martillo en los talleres.

Nuestro público no se da cuenta exacta sobre la participación que á él le cabe como juez en la literatura nacional; y de pretenderse lo contrario, sería preciso exigirle la mentalidad del público francés ó alemán, para quienes un novelista escribe con la conciencia de ser estudiado. ¿No refiere un filósofo inglés, tal vez Bain ó acaso Stuart Mill, que en cierta ocasión, mientras daba una conferencia sobre el libre albedrío en una barraca de extramuros en Mánchester, hubo de verse en sobera-

nos aprietos ante las objeciones filosóficas que le exponía un minero de Cleveland? En la patria de Heine la simple obra de la extensión universitaria ha hecho de la masa obrera una burguesía intelectual, culta y curiosa, consciente y sombría. En cambio, ¿sería posible exigir otro tanto de nuestras multitudes analfabetas? No; que antes está la obra de la educación primaria, la guerra contra los reacios, enemigos de la instrucción obligatoria. Mientras esto no se realice, inútil será toda tentativa de progreso estable en el orden intelectual.

Así, pues, nuestra literatura se ve confinada al público lector que frecuenta las bibliotecas y se solaza con los folletines de Ponson du Terrail ó de la Invernizio; á los *intelectuales*, que son los menos y los más peligrosos. En cuanto á la *high-life*, bien poco ó nada le interesa la obra nacional; más aún, la desprecia acaso porque la estima plebeya. Hace poco no más, un conocido librero de Santiago decía con raro acierto: «La gente de sociedad no compra libros chilenos; esos los deja para los cursis, Su preferencias van hacia Bourget, Monlaur, Gyp y, en pequeña escala, hacia Palacio Valdés, el Padre Coloma y la Pardo Bazán, sobre todo ahora que es condesa...» Es de buen gusto en personas que se estiman leer á los franceses en su propio idioma aunque... no les entiendan.

¿Cuál debe ser, pues, la acción del crítico ante esta actitud antojadiza y falsa? Hasta hoy hemos observado que, en general, la crítica europea se ha mantenido en una actitud exclusivamente nacionalizante, como el portavoz de cada literatura. Ya antes de constituirse la nacionalidad alemana, Léssing, Winckelmann y Schiller comprendieron la necesidad de encerrarse dentro del concepto de un arte exclusivamente nacional para afirmar sus obras futuras sobre el convencimiento de

un pasado fuerte y digno. ¿Y Fichte, acaso, no fué el apóstol del gran Renacimiento? Luego, después, los franceses, á partir con Sainte-Beuve, hasta llegar á Villamaín y Brunetière, exaltaron el culto de la patria como la única manera de restaurar la grandeza perdida del clasicismo de Corneille, Bossuet y Racine, disuelto mediante las influencias de la Revolución y del romanticismo. Es preciso recordar aquí, como un caso extensivo, que el hurraño autor del *Roman naturaliste* contaba entre sus principios favoritos aquellos aforismos de Nisard y de Comte: *Ce qu'il y a de plus vivant dans le present, c'est le passé*, y *L'humanité se compose de plus morts que de vivants*, lo cual explica ese culto dogmático por todo lo francés, característico á todos los franceses, que tan ingeniosamente ha criticado Anatole France en sus mejores novelas. Sin embargo, esta conciencia de la propia superioridad significa una fuerza, una potencia de absorción colosal que ha caracterizado á ciertos pueblos fuertes como el inglés. En España, en cambio, este culto literario se ha olvidado casi; apenas si un de la Revilla, un Menéndez y Pelayo ó un *Clarín* estudiaron científicamente ciertas épocas de la literatura española, aunque con entusiasmo harto dudoso; en cambio, los clásicos duermen el sueño secular del más injusto olvido, y tan sólo de tarde en tarde la inteligencia de doctos hispanófilos como Ticknor, Morel Fatio, Merimée, Fitz Maurice Kelly, van á desenterrar en plenos solares castellanos el tesoro de tantos secretos olvidados. Inglaterra é Italia se han mantenido discretamente en un sobrio aislamiento, cultivando el amor por sus artistas con burguesa tranquilidad de escolares y de lectores inteligentes.

Nosotros, hispanoamericanos, no tenemos en verdad

sino un débil pasado literario y su huella es casi nula en la evolución de la cultura nacional. Nuestra verdadera tradición ha de comenzar en el momento presente, con el culto de aquellos escritores que más contribuyeron á afirmar la conciencia cultural ambiente, así sean Andrade y Sarmiento en la Argentina, Hostos en Santo Domingo, Martí en Cuba, Palma y García Calderón en el Perú, Zorrilla de San Martín, Rodó y Vaz Ferreira en el Uruguay, Graça Aranha en el Brasil, Palacios, el malogrado autor de *Raza chilena*, en Chile, Altamirano y Justo Sierra en Méjico, Montalvo en el Ecuador y Gil Fortuol en Venezuela. Labor de grandeza nuestra será la de justificarnos con el pasado, reconciliándonos con nuestros abuelos, como pedía Ramiro de Maeztu: «Considerémosles como los iniciadores de una tarea milenaria que nosotros hemos de continuar. Considerémosnos como sus continuadores. Sentiremos entonces que nos ayudan desde dentro con misteriosas é impensadas fuerzas, porque al emplazarnos en las perspectivas de la historia daremos á nuestra obra cotidiana el valor mágico de la continuidad.» Que la voluntad de tener un pasado será como el pedestal que afirme la obra futura de nuestra grandeza.

Atendiendo á la labor así comenzada, la crítica debe mantenerse dentro del campo de nuestra literatura avizorando todas las actitudes para adelantarse si es posible á cualquiera renovación perjudicial. Á haber habido críticos conscientes treinta años antes, como lo son ahora Carricarte ó Rodó, ¡cuántos desmanes de escritorzuelos hueros no se hubiesen evitado! De seguro que no existiría ni cierta recua de malos imitadores de Rubén Darío ó de Gómez Carrillo, que ya forman legión.

Al encarar nuestro porvenir debemos recordar con

Taine á aquellos jóvenes sanos de cuerpo y espíritu que cruzan en el diálogo platónico, renovando un ensueño de fortaleza. El maestro francés soñaba acaso, como Renán y Guyau, en próximas generaciones vigorosas, ajenas á esas complicaciones ridículas de bizantinismo, enemigas de toda energía y de toda entereza espiritual. Nosotros, indoespañoles, herederos de una fuerte tradición de civismo, debemos propender á la restauración del culto de la vida intensa, erigiendo en dogma, si es necesario, el ya tan sobajeadado aforismo de Séneca: *Mens sana in corpore sano*, como una protesta contra el refinamiento de ciertos señoritos, dandíes almibarados que más se cuidan de la melena que de la higiene. Y para esto es preciso volver á la Naturaleza, fuente eterna de purificación. «En vez de jóvenes de Platón—escribía en un libro reciente Manuel Díaz Rodríguez—, ó de la antigüedad, ó de hombre primitivo, digamos la Naturaleza, y con esta obscura y perenne tendencia á volver á la Naturaleza y á la vida, comenzaremos á penetrar el misterio de la más feliz renovación del arte.» Mas fuerza será volver al culto de la Naturaleza, en el sentido balzaciano de expresión, ajenos á todo misticismo decadente, como parece insinuarlo el autor de *Camino de perfección*.

Nuestros escritores tienen ante sus ojos el libro abierto de un vasto campo virgen que aguarda la obla-ción fecunda de la semilla; ante él el éxtasis no ha de tener el sentido de renunciación del asceta, sino la altivez creadora del sembrador. ¡Y así el misterio fecundo de la noche les ha de sorprender con las frentes inclinadas sobre la tierra!

---